

EL ÁSTICO

EL MÉDICO A PALOS

Moliere/Moratin

Versión

Ernesto de Diego



PERSONAJES

BARTOLO

MARTINA

GINÉS

LUCAS

ANDREA

LEANDRO

PAULITA

D. JERÓNIMO

CAMPO.

BARTOLO. ¡Válgame Dios, y qué durillo está este tronco! El hacha se mella toda y él no se parte... ¡Mucho trabajo es éste!... Y como hoy aprieta el calor, me fatigo y me rindo y no puedo más... Dejémoslo, será lo mejor. Ahora vendrá bien un rato de descanso y un traguillo, que esta triste vida otro la habrá de heredar.

MARTINA. ¡Holgazán! ¿Qué haces ahí sentado, bebiendo y sin trabajar? ¿No sabes que tienes que acabar de partir esa leña y llevarla al lugar?

BARTOLO. Bueno, si no es hoy será mañana.

MARTINA. ¡Mira que respuesta!

BARTOLO. Perdóname, mujer. Estoy cansado y me senté un rato...

MARTINA. ¡Y que yo aguante a un marido tan poltrón y desidioso! Levántate y trabaja.

BARTOLO. Poco a poco, mujer; si acabo de sentarme.

MARTINA. ¡Sinvergüenza, sin atender tus obligaciones!

BARTOLO. ¡Ay, que trabajo es tener mujer! Bien dice Séneca, que la mejor es peor que un demonio.

MARTINA. Miren que hombre tan hábil para traer autoridades de Séneca.

BARTOLO. ¿Si soy hábil? A ver, a ver, búscame un leñador que sepa lo que yo, ni que haya servido seis años a un médico latino, ni que haya estudiado el quis vel qui, la quae y el quod vel quid.

MARTINA. Mal haya la hora que me casé contigo.

BARTOLO. Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

MARTINA. ¡Haragán, borracho!

BARTOLO. Mira, mujer, que me vas enfadando...

MARTINA. ¿Y qué cuidado me da a mí, insolente?

BARTOLO. Mira que te he de cascar, Martina.

MARTINA. Cuba de vino.

BARTOLO. Mira que te he solflear las espaldas...

MARTINA. ¿A mí? Bribón, tunante, canalla. ¿A mí?

BARTOLO LE PEGA.

BARTOLO. Este es el único medio de que calles... Vaya, hagamos la paz. Dame esa mano.

MARTINA. ¿Después de haberme puesto así?

BARTOLO. Mal haya mis manos, que han sido la causa de enfadar a mi esposa... Ven, dame un abrazo.

MARTINA. ¡Así reventaras!

BARTOLO. Vaya, si se muere por mí la pobrecilla... Perdóname. Entre dos que se quieren, diez o doce golpazos, más o menos, no valen nada... Voy hacia el barranquitero, que ya tengo allí una porción de raíces; haré una carguilla y mañana, con la burra, la llevaremos a Miraflores. Y dentro de poco hay feria en Buitrago; si voy, y tengo dinero, y me acuerdo, y me quieres mucho, te he de comprar una peineta de concha con sus piedras azules. SALE.

MARTINA. Anda, que tu me las pagarás... Verdad es que una mujer siempre tiene

el modo de vengarse de su marido; pero es un castigo muy delicado para este bribón, y yo quisiera otro que él sintiera más, aunque a mi no me agradase tanto. ¿No podré imaginar alguna invención para vengarme?

ENTRAN GINES Y LUCAS.

LUCAS. Vaya... que los dos hemos tomado un buen encargo... Yo no sé todavía que regalito tendremos por este trabajo.

GINES. ¿Qué quieres, Lucas? Es fuerza obedecer a nuestro amo; además, que la salud de su hija a todos nos interesa... Es una señorita tan afable, tan alegre... Vaya, que todo se lo merece.

LUCAS. Pero fuerte cosa es que todos los médicos que han venido a visitarla no hayan descubierto su enfermedad. Veremos si este médico de Miraflores acierta con ello... Ahora, como hayamos equivocado la senda...

MARTINA. Los golpes que acaba de darme los tengo clavados en el corazón. No puedo olvidarlos... Pero..., señores, perdonen ustedes que no les había visto.

LUCAS. ¿Vamos bien por aquí a Miraflores?

MARTINA. Sí señor. ¿Ve aquellas tapias caídas junto a aquel noguerón? Pues todo derecho.

GINES. ¿No hay allí un famoso médico que fue médico de una vizcondesita, y catedrático, y examinador, y es académico, y todas las enfermedades las cura en griego?

MARTINA. ¡Ay señor! Curaba en griego; pero hace dos días que se ha muerto en español, y ya está el pobrecito bajo tierra.

GINES. ¿Qué dice usted?

MARTINA. Lo que oye. ¿Y para quién le iban ustedes a buscar?

LUCAS. Para una señorita que vive ahí cerca, en esa casa de campo junto al río.

MARTINA. ¿La hija de don Jerónimo? ¡Válgame Dios! ¿Pues que tiene?

LUCAS. ¿Qué sé yo? Un mal que nadie lo entiende, y del cual a venido a perder el habla.

MARTINA. ¡Qué lástima! Pues... (¡Qué idea se me ocurre!) Pues mire usted, aquí tenemos al hombre más sabio del mundo, que hace prodigios en esos males desesperados.

LUCAS. ¿Y dónde le podemos encontrar?

MARTINA. Allí, cortando leña en ese monte.

GINES. Estará entreteniéndose en buscar algunas hierbas salutíferas.

MARTINA. No señor. Es un hombre extravagante y lunático, va vestido como un pobre patán, hace empeño en parecer ignorante y rústico, y no quiere manifestar el talento maravilloso que Dios le ha dado.

GINES. Cierto que es cosa admirable, que todos los grandes hombres hayan de tener siempre algún ramo de locura mezclada con su ciencia.

MARTINA. La manía de este hombre es la más particular que se ha visto. No confesará su capacidad a menos que no le muelan el cuerpo a palos; y así les aviso a ustedes que si no lo hacen no conseguirán su intento. Si le ven que está obstinado en negar, zurra, que él confesará. Nosotros, cuando lo necesitamos, nos valemos de esa industria y siempre nos ha salido bien.

GINES. ¡Qué extraña locura!

LUCAS. ¿Y como se llama?

MARTINA. Don Bartolo. Fácilmente lo conocerán ustedes. Va siempre vestido como un guarro.

LUCAS. No se nos despintará, no.

GINES. ¿Y ese hombre hace unas curas tan difíciles?

MARTINA. ¿Curas dice usted? Milagros se le pueden llamar. Hará dos meses que murió en Lozoya una mujer; ya iban a enterrarla y quiso Dios que este hombre estuviese, por casualidad, en una calle por donde pasaba el entierro. Se acercó, examinó a la difunta, sacó una redomita del bolsillo, le echó en la boca una gota de no sé qué, y la muerta se levantó tan alegre cantando La Parrala.

GINES. ¿Es posible?

MARTINA. Como que yo lo vi. Mire, aún no hace dos semanas que a un chico de Miraflores se le troncharon las piernas, y la cabeza se le quedó hecha una plasta. Llamaron a don Bartolo; él no quería ir, pero mediante una buena paliza lograron que fuese. Sacó un unguento que llevaba en un pucherete, y con una pluma le fue untando, untando, hasta que al cabo de un rato se puso en pie y se fue corriendo a jugar a la rayuela con los otros chicos.

LUCAS. Pues, ese es el hombre que necesitamos nosotros. Vamos a Buscarle.

MARTINA. Pero, sobre todo, acuérdense ustedes de la advertencia de la paliza.

LUCAS. Ya, ya estamos en eso. Fuerte cosa es que haya de ser preciso valerse de este remedio.

MARTINA. Si no, todo será inútil. ¡Ah! Otra cosa. Cuiden ustedes de que no se les escape, porque corre como un gamo; y si les coge la delantera no le vuelven a ver en la vida. Me parece que viene... si, es él. Yo me voy, y si no quiere hacer bondad, menudito con él. Adiós señores.

ENTRA BARTOLO. ESTOS LE HACEN CORTESÍA Y EL SE SIENTA A BEBER.

BARTOLO. Arre allá, diablo. ¿Qué buscará este animal? Lo primero esconderé la bota... ¡Calle! Otro zángano. ¿Qué demonios es esto? En todo caso la guardaremos y arroparemos; porque no tienen cara de hacer cosa buena.

LUCAS. ¿Es usted don Bartolo?

BARTOLO. ¿Y qué?

GINES. ¿Que si se llama usted don Bartolo?

BARTOLO. No y si, conforme ustedes quieran.

GINES. Queremos hacerle a usted cuantos obsequios sean posibles.

BARTOLO. Si es así, yo me llamo don Bartolo.

LUCAS. Pues con toda cortesía...

GINES. Y con la mayor reverencia...

LUCAS. Con todo el cariño, suavidad y dulzura...

GINES. Y con todo el respeto y la veneración más humilde...

BARTOLO. Si no traen nada. Y parecen arlequines, que todo se les vuelve cortesías y movimientos.

GINES. Señor, venimos a implorar su auxilio para una cosa muy importante.

BARTOLO. ¿Y qué pretenden ustedes? Vamos, que si es cosa que dependa de mí, haré lo que pueda...

LUCAS. Favor que usted nos hace... No extrañe usted que vengamos en su busca. Los hombres eminentes son buscados y solicitados, y como nosotros nos hallamos

noticiosos del sobresaliente talento de usted y de su capacidad...

BARTOLO. Es verdad, que soy el hombre que se conoce para cortar leña.

LUCAS. Señor...

BARTOLO. Si ha de ser de encina, no la daré a menos de a dos reales la carga.

GINES. Ahora no tratamos de eso

BARTOLO. La de pino no la daré más barata. La de raíces, mire usted...

GINES. Señor, eso es burlarse.

LUCAS. Le suplico que hable de otro modo.

BARTOLO. Hombre, yo no sé otra manera de hablar. Me parece que bien claro me explico.

LUCAS. ¿Un sujeto como usted ha de ocuparse es ejercicios tan groseros?

GINES. Un hombre tan sabio, tan insigne médico, ¿no ha de comunicar al mundo los talentos de que le ha dotado la naturaleza?

BARTOLO. ¿Quién, yo?

LUCAS. Usted, no hay que negarlo.

BARTOLO. Usted será el médico, que yo en mi vida lo he sido. **APARTE.**
Borrachos están.

LUCAS. ¿Para qué excusarse? Nosotros lo sabemos y se acabó.

BARTOLO. Pero... ¿quien soy yo?

GINES. ¿Quien? Un gran médico.

BARTOLO. ¡Que disparate! **APARTE.** ¿No digo que están bebidos?

LUCAS. Vamos, no hay que negarlo, que no venimos de chanza.

BARTOLO. Vengan ustedes como vengan, yo no soy médico ni lo he pensado ser jamás.

LUCAS. Al cabo me parece que será necesario... ¿Eh?

GINES. Yo creo que sí.

LUCAS. En fin, amigo don Bartolo, no es ya tiempo de disimular.

GINES. Mire que se lo decimos por su bien.

LUCAS. Confiese que es médico y acabemos.

BARTOLO. ¡No lo soy!

GINES. ¿Para qué fingir si todo el mundo lo sabe?

BARTOLO. Pues digo a ustedes que no soy médico.

GINES. ¿No?

LUCAS. Pues, amigo, con su buena licencia, tendremos que valernos del remedio consabido...

BARTOLO. ¿Y qué remedio dice usted?

DANLE PALOS.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!... Basta, que yo soy médico y todo lo que ustedes quieran.

GINES. ¿Por qué nos obliga usted a esta violencia?

LUCAS. ¿Para qué es darnos el trabajo de derrengarle a golpes?

BARTOLO. El trabajo es para mí, que los llevo... Pero, señores, vamos claros: ¿qué es esto? ¿Es una humorada o están ustedes locos?

LUCAS. ¿Aún no confiesa que usted es doctor en medicina?

BARTOLO. No señor.

GINES. ¿Conque no es usted médico?

BARTOLO. Le puedo jurar a usted...

VUELVENLE A DAR PALOS.

¡Ay! ¡Ay! ¡Pobre de mí! Si que soy médico.

LUCAS. ¿De veras?

BARTOLO. Sí señor. Y cirujano de estuche y saludador y albéitar y sepulturero y todo cuanto hay que ser.

GINES. Me alegro de verle a usted tan razonable.

LUCAS. Ahora si que parece un hombre de bien.

BARTOLO. APARTE. ¡Maldita sea vuestra alma! ¿Si seré yo médico y no habré reparado en ello?

LUCAS. No hay que arrepentirse. A usted se le pagará muy bien su asistencia y quedará contento.

BARTOLO. Pero, hablando en paz, ¿es cierto que soy médico?

GINES. Certísimo.

BARTOLO. ¿Seguro?

LUCAS. Sin duda ninguna.

BARTOLO. Pues lleve mi alma el diablo si yo sabía tal cosa.

LUCAS. ¿Siendo el profesor más sobresaliente que se conoce?

GINES. Un médico que ha curado no sé cuantas enfermedades mortales.

BARTOLO. ¡Válgame Dios!

GINES. Una mujer que ya estaba enterrada... y un muchacho que cayó de la torre y se hizo la cabeza tortilla...

BARTOLO. ¿También lo curé?

GINES. También.

LUCAS. Conque buen ánimo, señor doctor. Se trata de asistir a una señorita muy rica que vive en esa quinta cerca del molino. Usted estará allí comido y bebido y regalado como cuerpo de rey.

GINES. Y acabada la curación, le darán a usted qué sé yo cuanto dinero.

BARTOLO. Pues señores, vamos allá.

LUCAS. Recógele todos esos muebles.

BARTOLO. No, poco a poco. La bota conmigo.

GINES. Pero señor, ¡un doctor en medicina con bota!

BARTOLO. No importa. APARTE. Me darán bien de comer... La pulsaré, la recetaré algo... La mato seguramente... Si no quiero ser médico me sacudirán el bulto; y si lo soy me van a sacudir también...

Pero díganme: ¿les parece que este traje rústico será propio de un hombre tan sapientísimo como yo?

GINES. No hay que afligirse. Antes de presentarle le vestiremos con mucha decencia.

BARTOLO. APARTE. Si a lo menos pudiera acordarme de aquellas palabrotas que les decía mi amo a los enfermos... saldría del apuro.

GINES. Mira que se quiere escapar.

LUCAS. Señor don Bartolo, ¿qué hacemos?

BARTOLO. APARTE. Aquel libro de... Vademecun, ¡aquel si que era bueno! En él venían apuntadas todas las enfermedades...

LUCAS. Basta de meditación. ¿Será cosa de que otra vez...?

BARTOLO. No, señor. Si no que estaba pensando en el plan curativo de la enferma

SALA DE ESTAR DE LA CASA DE DON JERÓNIMO.

D. JERÓNIMO. ¿Conque decís que es tan hábil?

LUCAS. Cuantos hemos visto hasta ahora no sirven para descalzarle.

GINES. Hace curas maravillosas.

LUCAS. Resucita muertos.

GINES. Sólo que es algo lunático y amigo de burlarse de todo el mundo.

D. JERÓNIMO. Me dejáis aturdido con esa relación. Ve por él, Gines. SALE.

LUCAS. Vistiéndose quedaba. No te apartes de él.

D. JERÓNIMO. Que venga, que venga presto.

ANDREA. ENTRA. ¡Ay, señor amo! Que aunque el médico sea un pozo de ciencia, me parece a mí que no haremos nada.

D. JERÓNIMO. ¿Por qué?

ANDREA. Porque doña Paulita no ha menester médicos, sino marido, marido: eso le conviene, lo demás es andarse por las ramas. ¿Le parece a usted que ha de curarse con ruibarbo y jalapa y tinturas y cocimientos y potingues y... porquerías, que no se como no ha perdido ya el estómago? No señor, con un buen marido sanará perfectamente.

LUCAS. Vamos, calla, no hables tonterías.

D. JERÓNIMO. La chica no piensa en eso, es todavía muy niña.

ANDREA. ¿Niña? Si, cáselo usted y verá si es niña.

D. JERÓNIMO. Más adelante no digo que...

ANDREA. Boda, boda, y aflojar el dote, y...

D. JERÓNIMO. ¿Quieres callar, habladora?

ANDREA. (Ahí le duele) Y despedir médicos y boticarios; y tirar todas esas pócimas y brebajes por la ventana; y llamar al novio, que ese la pondrá buena.

D. JERÓNIMO. ¿A qué novio, bachillera impertinente?

ANDREA. ¡Qué presto se le olvidan las cosas! ¿No sabe usted que Leandro la quiere, la adora, y ella le corresponde?

D. JERÓNIMO. La fortuna del tal Leandro está en que no le conozco... Ya sé que anda acechando y rondándome la casa; pero como le llegue a pillar... Lo mejor será escribir a su tío para que lo recoja, se lo lleve a Buitrago y allí lo tenga. ¡Leandro! ¡Buen matrimonio! ¡Con un mancebito que acaba de salir de la universidad, y sin un cuarto en el bolsillo!

ANDREA. Su tío, que es muy rico y muy amigo de usted, que quiere mucho a su sobrino y no tiene otro heredero, suplirá esa falta. Con la dote que usted dará a su hija y con lo que...

D. JERÓNIMO. ¡Vete al instante de aquí, lengua del demonio!

ANDREA. ¡Ahí le duele!

LUCAS. ¡Que siempre has de dar en eso, Andrea! Calla y no desazones al amo, mujer. No te metas nunca en cuidados ajenos, que al fin y al cabo el señor es el padre

de su hija.

D. JERÓNIMO. Dice bien tu marido, que eres muy entremetida.

SALE ANDREA. ENTRAN GINES Y BARTOLO.

GINES. Aquí tiene usted, señor don Jerónimo, al estupendo médico, al doctor infalible, al pasmo del mundo.

D. JERÓNIMO. Me alegro mucho de verle y de conocerle, señor doctor.

BARTOLO. Hipócrates dice que los dos nos saludemos.

D. JERÓNIMO. ¿Hipócrates lo dice?

BARTOLO. Sí señor.

D. JERÓNIMO. ¿Y en qué capítulo?

BARTOLO. En el capítulo de los saludos.

D. JERÓNIMO. Pues si lo dice Hipócrates, será preciso obedecer.

BARTOLO. Pues como digo, señor médico, habiendo sabido...

D. JERÓNIMO. ¿Con quien habla usted?

BARTOLO. Con usted.

D. JERÓNIMO. ¿Conmigo? Yo no soy médico.

BARTOLO. ¿No? Pues ahora verás lo que te pasa.

D. JERÓNIMO. ¿Qué hace usted, hombre?

BARTOLO. Yo haré que seas médico a palos, que así se gradúan en esta tierra.

D. JERÓNIMO. ¿Qué loco me habéis traído?

GINES. ¿No le dije a usted que era muy chancero?

D. JERÓNIMO. Si, pero que se vaya a los infiernos con esas chanzas.

LUCAS. No le dé a usted cuidado. Si lo hace por reír.

GINES. Mire, señor facultativo, este caballero que está presente es nuestro amo y padre de la señorita que usted ha de curar.

BARTOLO. ¿El señor es su padre? Perdone usted esta libertad que me he tomado...

D. JERÓNIMO. No, no ha sido nada... Pero señor, vamos al asunto. Yo tengo una hija muy mala...

BARTOLO. Muchos padres se quejan de lo mismo.

D. JERÓNIMO. Quiero decir que está enferma.

BARTOLO. Me alegro mucho.

D. JERÓNIMO. ¿Como?

BARTOLO. Quiero decir que me alegro que su hija necesite de mi ciencia, y ojalá que usted y toda su familia estuviesen al borde de la muerte, para poder emplearme en su asistencia y alivio.

D. JERÓNIMO. Viva usted mil años, que yo le estimo el buen deseo.

BARTOLO. ¿Y como se llama la niña de usted?

D. JERÓNIMO. Paulita.

BARTOLO. ¡Paulita! ¡Lindo nombre para curarse!... Y esa doncella, ¿quien es?

D. JERÓNIMO. Esa doncella es mujer de aquel. Voy a hacer que salga aquí mi hija para que usted la vea.

ANDREA. ¡Durmiendo quedaba!

D. JERÓNIMO. No importa, la despertaremos. Vamos.

SALEN TODOS. QUEDA BARTOLO Y ENTRA ANDREA.

BARTOLO. ¿Con que usted es mujer de ese?

ANDREA. Para servir a usted.

BARTOLO. ¡Y qué frescota es! ¡Y qué... regocijo da el verla! ¡Hermosa boca tiene!... ¡Ay que dientes tan blancos, tan iguales y que risa tan graciosa!... ¿Y los ojos? En mi vida e visto un par de ojos más habladores ni más traviesos

LUCAS. ¡Demonio de hombre! ¡Pues no la está requebrando el maldito!... Vaya, señor doctor, mude usted de conversación porque no me gustan esas flores. ¿Delante de mi se pone a decir arrumacos a mi mujer? Yo no se como no cojo y le...

BARTOLO. Hombre por Dios, ten caridad. ¿Cuántas veces me han de examinar de médico?

LUCAS. Pues cuenta con ello.

D. JERÓNIMO. Anímate, hija mía, que yo confío en la sabiduría portentosa de este señor; que brevemente recobrarás tu salud. Esta es la niña, señor doctor.

BARTOLO. ¿Así que esta es su hija?

D. JERÓNIMO. No tengo otra, y si se llegara a morir me volvería loco.

BARTOLO. ¡Y se guardará muy bien! ¿Es que no hay más que morirse sin licencia del médico?

No, señor, no se morirá... Además, vean ustedes aquí una enferma con un semblante capaz de hacer perder la cabeza al hombre más tétrico del mundo. Yo, con todos mis aforismos, le aseguro a usted... ¡Bonita cara tiene!

D. JERÓNIMO. ¡Vaya, gracias a Dios que sonrío la pobrecita!

BARTOLO. ¡Bueno, gran señal, gran señal! Cuándo el médico hace reír a las enfermas es linda cosa... Y bien, ¿qué le duele a usted?

PAULITA. Ba, ba, ba.

BARTOLO. ¿Eh, que dice usted?

PAULITA. Ba, ba, ba.

BARTOLO. Ba, ba, ba, ba, ¿qué diantre de lengua es esa? Yo no entiendo palabra.

D. JERÓNIMO. Pues ese es su mal. Ha venido a quedarse muda sin pueda saberse la causa. Vea usted que desconsuelo para mí... Yo le suplico que aplique todo su esmero a fin de aliviarla y quitarla ese impedimento.

BARTOLO. Se le aliviará, se le quitará; pierda usted cuidado. Pero es curación que no se hace así como así. ¿Come bien?

D. JERÓNIMO. Sí señor, con bastante apetito.

BARTOLO. ¡Malo! ¿Duerme?

ANDREA. Sí señor; unas ocho o nueve horas suele dormir regularmente.

BARTOLO. ¡Fatal! ¿Y la cabeza le duele?

D. JERÓNIMO. Ya se lo hemos preguntado varias veces; dice que no.

BARTOLO. ¿No? ¡Malo!... El pulso... Pues amigo, este pulso indica bien claramente...

D. JERÓNIMO. ¿Qué indica?

BARTOLO. Que su hija de usted tiene secuestrada la facultad de hablar.

D. JERÓNIMO. ¿Secuestrada?

BARTOLO. Sí. Pero buen ánimo. Ya lo he dicho: curará.

D. JERÓNIMO. Pero, ¿de qué ha podido proceder este accidente?

BARTOLO. Este accidente ha podido proceder y procede, según la más recibida opinión de los autores, de habersele interrumpida a mi señora doña Paulita el uso expedito de la lengua.

D. JERÓNIMO. ¡ Este hombre es un prodigio!

LUCAS. ¿No se lo dijimos a usted?

ANDREA. Pues a mí me parece un...

LUCAS. ¡Calla!

D. JERÓNIMO. Y en fin, ¿ qué piensa usted que se le puede hacer?

BARTOLO. Se le puede y se le debe hacer... el pulso... Aristóteles en sus protocolos

habló de este caso con mucho acierto.

D. JERÓNIMO. ¿Y qué dijo?

BARTOLO. Cosas divinas... La otra... ¿A ver la lengüecita? ¡Ay que monería!...
¿Entiende usted latín?

D. JERÓNIMO. No señor, ni media palabra.

BARTOLO. No importa. Dijo: Bonus bona bonun, uncias duas, mascula sunt maribus, honora medicum, acinas acinacis, est modus in rebus; amarilida silvas. Que quiere decir que esta falta de coagulación en la lengua la causan ciertos humores, que nosotros denominamos humores. Acres, proclives, espontáneos y corruptentes. Porque como los vapores que se elevan de la región...
¿Están ustedes?

ANDREA. Sí señor. Aquí estamos todos.

BARTOLO. De la región lumbar, pasando desde el lado izquierdo, donde está el hígado al lado derecho donde está el corazón, ocupan todo el duodeno y parte del cráneo: de aquí es, según la doctrina de Ausías March y Calepino, aunque yo les llevo la contraria, que la malignidad de dichos vapores... ¿Me explico?

D. JERÓNIMO. Perfectamente.

BARTOLO. Pues, como digo, supeditando dichos vapores las carúnculas y la epidermis, necesariamente impide que el tímpano comunique al metacarpo los jugos gástricos. Doceo, doces, docere, docui, doctum. Ars longa, vita brevis; templum

templi. Augusta vindeliquorum et reliquia. ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

D. JERÓNIMO. Cuanto hay que decir. Solo he notado una equivocación en lo que...

BARTOLO. ¿Equivocación? No puede ser, los médicos no nos equivocamos nunca.

D. JERÓNIMO. Creo que usted dijo que el corazón está al lado derecho y el hígado al izquierdo; y en verdad que es todo lo contrario.

BARTOLO. ¡Hombre ignorantísimo sobre la ignorancia de los ignorantes! ¿Ahora me sale usted con esas vejeces? Si señor, antiguamente así sucedía, pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

D. JERÓNIMO. Perdone usted si en esto he podido ofenderle.

BARTOLO. Ya está perdonado. Usted no sabe latín, y por consiguiente está dispensado de tener... sentido común.

D. JERÓNIMO. ¿Y qué le parece a usted que debemos hacer con la enferma?

BARTOLO. Primeramente harán ustedes que se acueste. Luego le darán unas buenas friegas... que eso yo mismo lo haré. Y después tomará, de media en media hora, una gran sopa de pan en vino.

ANDREA. ¡Qué disparate! Se nos va a emborrachar la niña.

D. JERÓNIMO. ¿Y para qué es buena la sopa de pan en vino?

BARTOLO. ¡Ay amigo, y que falta le hace a usted un poco de ortografía! La sopa de pan en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud simpática, que simpatiza y absorbe el tejido celular y la pía mater, y hace hablar a los mudos.

D. JERÓNIMO. Pues, no lo sabía.

BARTOLO. ¿No ha visto usted, pobre hombre, no ha visto usted como a los loros los atracan de pan mojado en vino? ¿Y no hablan los loros? Pues para que hablen se les da, y para que hable se lo daremos también a doña Paulita.

D. JERÓNIMO. ¡Algún ángel le ha traído a usted a mi casa señor doctor!... Vamos, hijita, que querrás descansar... Al instante vuelvo señor... ¿Cómo es su gracia?

BARTOLO. Don Bartolo.

D. JERÓNIMO. Pues así que la deje acostada seré con usted, señor don Bartolo... ¡Ayuda aquí! ¡Andrea!

BARTOLO. Taparla bien no se resfríe... Adiós señorita.

D. JERÓNIMO. Lucas, ve al instante y adereza el cuarto del señor; bien limpio todo, una buena cama, la colcha verde, la jarra con agua, la aljofaina, la toalla, en fin, que no falte cosa alguna. SALE.

LUCAS. Sí señor. SALE.

BARTOLO. ¡Yo sudo! En mi vida me he visto más apurado y lo he pasado peor...

¡Si es imposible que esto pare bien! Veremos si ahora que todos andan por allá dentro puedo... En las espaldas siento una desazón que no me deja... y no es por los palos recibidos, sino por lo que aún me queda por recibir. SALE.

D. JERÓNIMO. No ha habido manera de poderla reducir a que se acueste. Ya le están preparando la sopa de pan en vino que usted le mandó. Veremos lo que resulta. ¡Hola! ¿A quien digo?

BARTOLO. No hay que dudar; el resultado será felicísimo. APARTE. Esto de escabullirse es negocio desesperado. ¡El maldito, con el achaque de la compostura del cuarto, no se mueve de la puerta! Ejem... ejem...

D. JERÓNIMO. Perdone. Amigo don Bartolo, estará en mi casa obsequiado y servido como un príncipe, y entre tanto, quiero que tenga la bondad de recibir estos escuditos...

BARTOLO. No se hable de eso...

D. JERÓNIMO. Hágame usted este favor...

BARTOLO. No hay que tratar de la materia...

D. JERÓNIMO. Vamos, que es preciso...

BARTOLO. Yo no lo hago por dinero...

D. JERÓNIMO. Lo creo, pero sin embargo...

BARTOLO. ¿Y son de los nuevos?

D. JERÓNIMO. Sí, señor.

BARTOLO. Vaya, una vez que son de los nuevos, los tomaré.

D. JERÓNIMO. Ahora voy a ver si hay novedad y volveré... Me tiene con tal inquietud esta chica, que no sé parar en ninguna parte. SALE.

LEANDRO. Señor doctor, vengo a implorar su auxilio, y espero que...

BARTOLO. Veamos el pulso... Pues no me gusta nada... ¿Y qué le duele a usted?

LEANDRO. No vengo a que usted me cure, sino a decirle que yo soy Leandro.

BARTOLO. ¿Y qué se me da a mí que usted se llame Leandro o Juan de las Viñas?

LEANDRO. Diré a usted. Yo estoy enamorado de doña Paulita; ella me quiere, pero su padre no me permite que la vea... Estoy desesperado, y vengo a suplicarle a usted que me proporcione una ocasión, un pretexto para hablarla y...

BARTOLO. Que es decir en castellano que yo haga de alcahuete. ¡Un médico! ¡Un hombre como yo!... Quítese usted de ahí.

LEANDRO. ¡Señor!

BARTOLO. ¡Es mucha insolencia, caballero!

LEANDRO. Calle usted, señor; no grite.

BARTOLO. Quiero gritar... ¡Es usted un temerario!

LEANDRO. ¡Por Dios, señor doctor!

BARTOLO. ¿Yo alcahuete? Agradezca que no le pego...

LEANDRO. ¡Válgame Dios, que hombre!... Tome usted... Y le pido perdón por mi atrevimiento.

BARTOLO. Vamos, que no ha sido nada. ¡Un sujeto como usted! Así que la niña...

LEANDRO. Esa niña vive infeliz. Su padre no quiere casarla por no soltar el dote. Se ha fingido enferma; han venido varios médicos a visitarla, la han recetado cuantas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es fácil de presumir; y, por último, hostigada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, que no lo está.

BARTOLO. ¿Así que todo es una farándula?

LEANDRO. Sí señor.

BARTOLO. ¿El padre le conoce?

LEANDRO. No, personalmente no me conoce.

BARTOLO. ¿Y ella le quiere? ¿Es cosa segura?

LEANDRO. De eso estoy muy persuadido.

BARTOLO. ¿Y los criados?

LEANDRO. Andrea está en el secreto; Lucas y Ginés no lo saben.

BARTOLO. Bien, yo haré que hoy quede usted casado con doña Paulita.

LEANDRO. ¿De veras?

BARTOLO. ¿No le he dicho a usted que sí? Le casaré a usted con ella, con su padre y con toda su parentela. Yo diré que es usted... boticario.

LEANDRO. ¡Pero si yo no entiendo palabra de esa facultad!

BARTOLO. No le dé a usted cuidado, que lo mismo me pasa a mí. Tanta medicina sé yo como un perro de aguas.

LEANDRO. ¿No es usted médico?

BARTOLO. No señor. Ellos me han examinado de un modo particular; pero con examen y todo. Ahora lo que importa es que usted esté por aquí cerca, que yo le llamaré a su tiempo.

LEANDRO. Gracias, y espero que usted...

BARTOLO. Vaya... SALE LEANDRO.

ENTRA ANDREA

ANDREA. Señor médico, me parece que la enferma le quiere dejar desairado, porque...

BARTOLO. Cómo no me desaires tu, niña de mis ojos, los demás me importa seis maravedís; y como yo te cure a ti, que se muera todo el género humano.

ANDREA. Yo no tengo nada que curar.

BARTOLO. Pues mira, lo mejor será curar a tu marido... ¡Qué bruto es, y que celoso más impertinente!

ANDREA. ¿Qué quiere usted? Cada uno cuida de su hacienda.

BARTOLO. ¿Y por qué ha de ser hacienda de aquel gahnápiro este cuerpecito tan gracioso?

LUCAS. ¿No le he dicho a usted, señor doctor, que no quiero estas chanzas?

BARTOLO. Pero hombre, si aquí no hay malicia ni...

LUCAS....¡ni leches! Con malicia o sin ella le he de abrir la cabeza de un trancozo si vuelve a alzar los ojos para mirarla. ¿Lo entiende usted?

BARTOLO. Ya se ve que lo entiendo.

D. JERÓNIMO. ¡Ay, amigo don Bartolo! que la pobre muchacha no se alivia. No ha querido acostarse. Desde que se ha tomado la sopa de pan en vino está mucho peor.

BARTOLO. ¡Bueno! Eso es muy bueno. Señal de que el remedio va obrando. No hay que afligirse. Aunque usted la vea agonizando, no hay que afligirse, que aquí estoy yo. ¡Don Casimiro...!

LEANDRO. ¡Señor!

BARTOLO. Don Casimiro.

LEANDRO. ¿Qué manda usted?

D. JERÓNIMO. ¿Quién es este hombre?

BARTOLO. Un excelente didascálico... Boticario que llaman ustedes..., eminente profesor. Le he mandado venir para que disponga una cataplasma de todas flores emolientes, astrigentes, dialécticas, narcóticas y pirotécnicas, que será preciso aplicar a la enferma.

D. JERÓNIMO. Está muy decaída.

BARTOLO. No importa, va a sanar muy pronto. ENTRAN TODOS.
Don Casimiro, púlsela usted, obsérvela bien y luego hablaremos.

D. JERÓNIMO. ¿Así que, es efecto, es mozo de habilidad?

BARTOLO. No se ha conocido otro igual para emplastos, unguentos, rosolís de perfecto amor y de leche de vieja, ceratos, julepes... ¿Por qué se cree que le he hecho venir?

D. JERÓNIMO. Ya lo supongo. Cuando usted se vale de él, no será rana.

PAULITA. Siempre, siempre seré tuya, Leandro.

D. JERÓNIMO. ¿Qué? ¿Si será ilusión mía?... ¿Ha hablado, Andrea?

ANDREA. Si señor, tres o cuatro palabras ha dicho.

D. JERÓNIMO. ¡Bendito sea Dios! ¡Hija mía! ¡Médico admirable!

BARTOLO. ¡Y qué trabajo me ha costado vencer la dichosa enfermedad! Aquí hubiera yo querido ver a toda la veterinaria junta y entera, a ver qué hacían.

D. JERÓNIMO. Paulita, ya puedes hablar, ¿verdad? Di alguna cosa.

LUCAS. Aquí me parece que hay gato encerrado...

PAULITA. Si, padre mío, he recobrado el habla para decirle que amo a Leandro y que quiero casarme con él.

D. JERÓNIMO. Pero sí...

PAULITA. Nada puede cambiar mi resolución.

D. JERÓNIMO. Es que...

PAULITA. De nada servirá cuanto usted me diga. Yo quiero casarme con un hombre que me idolatra. Si usted me quiere bien, concédame su permiso sin excusas ni

dilaciones.

D. JERÓNIMO. Hija mía, si el tal Leandro es un pobretón...

PAULITA. Dentro de poco será muy rico. Bien lo sabe usted. Y sobre todo, sarna con gusto no pica.

D. JERÓNIMO. Pero, ¿qué borbotón de palabras le ha venido de repente a la boca?... Hija mía, no hay que cansarse. No será.

PAULITA. ¡Pues cuente usted que ya no tiene hija, porque me moriré de la desesperación!

D. JERÓNIMO. ¿Qué me pasa?... Doctor, haga el favor de volvérmela a poner muda.

BARTOLO. Eso no puede ser. Lo que yo haré, solamente por servicio a usted, será ponerle sordo para que no la oiga.

D. JERÓNIMO. Pero, ¿piensas tu, hija desobediente, que... ?

BARTOLO. No hay que irritarse, que todo se echará a perder. Lo que importa es distraerla y divertirla. Déjela que vaya un rato a coger el aire por el jardín, y verá como a poco se le olvida ese demonio de Leandro...

Vaya usted a acompañarla, don Casimiro, y cuide no pise alguna mala hierba.

LEANDRO. Cómo usted mande, señor doctor. Vamos señorita.

D. JERÓNIMO. Id vosotros también. SALEN TODOS. ¡Vaya, vaya, que no he visto nunca semejante insolencia!

BARTOLO. Esa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que tuvo cuando enmudeció fue sin duda su casamiento con ese tunante de Alejandro, o Leandro, o cómo se llame. Cogióle el accidente, quedáronse trasconejadas una gran porción de palabras, y hasta que todas no las vacíe y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice ni que hable con juicio.

D. JERÓNIMO. Parece razonable esa reflexión.

BARTOLO. Y si usted sabiera un poco de numismática, lo entendería todo mejor.

D. JERÓNIMO. ¿Así que luego que haya desocupado...?

BARTOLO. Sí señor. Es una evacuación vocal, que nosotros los médicos denominamos currículum vite.

LUCAS. ¡Señor amo!

GINES. Don Jerónimo... ¡Ay, qué desdicha!

D. JERÓNIMO. ¿Qué ocurre?

LUCAS. Que don Casimiro no es boticario.

GINES. Ni se llama Casimiro.

D. JERÓNIMO. ¿Quién es?

ANDREA. ¡Leandro en propia persona! Y se lleva robada a la niña.

D. JERÓNIMO. ¿Qué dices? ¿Y vosotros, brutos, como le habéis dejado...?

LUCAS. Que no estaba sólo, señor. Que iba armado.

D. JERÓNIMO. ¿Y este pícaro de médico?

BARTOLO. Me parece que no falta mucho para la tercera paliza.

D. JERÓNIMO. Este pícaro ha sido su alcahuete. Pronto, atadlo de pies y manos, ahí en la silla. Tu, Andrea, asómate por el balcón a ver si los ves por el campo.

GINES. ¡La sogá!... La sogá.

D. JERÓNIMO. Yo mientras hablaré con los del molino, a ver si me saben dar razón. Y vosotros no perdáis de vista a este perro.

GINES. Echa otra vuelta por ahí.

LUCAS. ¿Y no sabes que el amiguillo éste había dado en la gracia de decir arrumacos a mi mujer?

GINES. Anda, que las vas a pagar todas juntas.

BARTOLO. ¿Estoy bien así?

GINES. Perfectamente.

LUCAS. De momento sí. Ya veremos cuando tengas una soga al cuello.

MARTINA. Dios guarde a usted, señores.

LUCAS. ¡Si está usted por acá! ¿Qué buen aire le trae por esta casa?

MARTINA. El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho ustedes con él?

BARTOLO. Aquí estoy, Martina; mírame, aquí me tienes.

MARTINA. ¡Ay, hijo de mi alma!

LUCAS. ¡Pero si esta es la médica!

GINES. Por eso nos ponderaba todas las habilidades del doctor.

LUCAS. Pues por muchas que tenga no escapará de la horca.

MARTINA. ¿Qué está usted diciendo?

BARTOLO. Si, que me van ahorcar sin remedio.

MARTINA. ¿Y no te da vergüenza morir delante de tanta gente?

BARTOLO. ¿Y qué se ha de hacer? Yo bien lo quisiera excusar, pero estos señores se han empeñado en ello.

MARTINA. Pero, ¿por qué te ahorcan, pobrecito, por qué?

BARTOLO. Eso es largo cuento. Acabo de hacer una curación asombrosa, y en vez de hacerme protomédico han resuelto colgarme.

D. JERÓNIMO. Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio a Miraflores; ahora sin falta ahorcaremos a este bribón... Y tu, ¿los has visto?

ANDREA. No, señor, no los he descubierto por ninguna parte.

D. JERÓNIMO. Ni yo tampoco... He preguntado y nadie me sabe dar razón... ¿Adonde se habrán ido? ¿Qué estarán haciendo?

LEANDRO. ¡Señor don Jerónimo!

PAULITA. ¡Padre!

D. JERÓNIMO. ¿Qué es esto? ¡Picarones, infames!

LEANDRO. Esto es enmendar un desacierto. Habíamos pensado irnos a Buitrago y desposarnos allí, con la seguridad que tengo de que mi tío no desapruera este matrimonio; pero lo hemos reflexionado mejor. No quiero que se diga que yo me he llevado robada a su hija, que esto no sería decoroso a su honor ni al mío. Quiero que usted me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de su mano. Aquí la tiene usted, dispuesta a hacer lo que usted le mande; pero le advierto que si no la casa conmigo, su sentimiento será bastante a quitarla la vida; y si usted nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay que hablar de dote.

D. JERÓNIMO. Yo estoy muy atrasado y no puedo dar nada...

LEANDRO. Ya he dicho que no se trate de intereses.

PAULITA. Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe. Su amor es a mí, no a su dinero.

D. JERÓNIMO. ¡Mi dinero! ¡Mi dinero! ¿Pero qué dinero tengo yo, parlera? ¿No he dicho ya que estoy muy atrasado? No puedo dar nada, no será.

LEANDRO. Por eso mismo le decimos que no le pediremos nada.

D. JERÓNIMO. ¿Ni un maravedí?

LEANDRO. Ni medio.

D. JERÓNIMO. Y si digo que si, ¿quien os ha de mantener, badulaques?

LEANDRO. Mi tío. ¿No ha oído usted que aprueba este casamiento? ¿Qué más he de decirle?

D. JERÓNIMO. ¿Y se sabe si tiene hecha alguna disposición?

LEANDRO. Si: yo soy su heredero.

D. JERÓNIMO. Vaya... vamos... ¿qué hemos de hacer? Concedido, y venga un par de abrazos.

BARTOLO. Y a mí, ¿quien me hace feliz? ¿No hay nadie que me desate?

D. JERÓNIMO. Soltadle.

LEANDRO. ¿Quién le ha puesto a usted así, médico insigne?

BARTOLO. Sus pecados de usted, que los míos no merecen tanto.

PAULITA. Vamos, que todo acabó y nosotros sabremos agradecerle el favor que nos ha hecho.

MARTINA. Sea enhorabuena, que ya no te ahorcan. Y trátame bien, que a mí me debes la borla de doctor que te dieron en el monte.

BARTOLO. ¿Sí? Me alegro de saberlo.

MARTINA. Yo dije que eras doctor en medicina.

GINES. Y yo porque ella lo dijo lo creí.

LUCAS. Y yo lo creí porque lo dijo ella.

D. JERONIMO. Y yo lo creí porque estos dos lo dijeron. Y admiraba cuanto decía como si fuese un oráculo.

LEANDRO. Así va el mundo. Muchos adquieren opinión de doctos no por lo que efectivamente son, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demás.